

UC Berkeley

Lucero

Title

Guadalajara de las Indias: Quinientos años de construcción étnica en la Perla Tapatía

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/3f79n63t>

Journal

Lucero, 21(1)

ISSN

1098-2892

Author

Negrín da Silva, Diana

Publication Date

2010

Copyright Information

Copyright 2010 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Guadalajara de las Indias:¹ Quinientos años de construcción étnica en la Perla Tapatía

DIANA NEGRÍN DA SILVA

En México, Guadalajara se destaca por ser una ciudad de fuertes rasgos europeos. Tanto el espacio urbano como la cultura local de Guadalajara se identifican con el legado español, francés, alemán, y estadounidense instruido por las diferentes olas de inmigración que experimentó esta ciudad durante los últimos cinco siglos. Sin embargo, la celebración del legado europeo oscurece la presencia e influencia de otras etnias que han ayudado a construir las tradiciones que hoy en día identifican y sustentan a esta ciudad; esto incluye pero no se limita a poblaciones indígenas y de origen africano. Siguiendo patrones migratorios nacionales que revelan un éxodo del campo a las urbes, en las últimas décadas Guadalajara ha experimentado un aumento demográfico inusitado.² Entre sus nuevos residentes urbanos sobresale una heterogénea población indígena proveniente de lugares tan lejanos como Chiapas y tan cercanos como la Sierra Madre Occidental de Jalisco, como es el caso de los wixaritari (mejor conocidos como huicholes).³ En el siguiente ensayo arguyo que la construcción de una identidad étnica anclada en Europa implica la ofuscación de la presencia indígena en Guadalajara. No obstante, señalo cómo esta identidad de estirpe criolla está siendo paulatinamente contestada por una población indígena que busca ser reconocida como parte fundamental de la ciudad de ayer y de hoy.

Dentro de este análisis, hago hincapié en la prevalente tendencia de asociar a la población indígena con espacios rurales y con el pasado, o, tratándose de la ciudad, de asociar al indígena con empleos ambulantes y con la marginación, creando de esta manera una “negación de simultaneidad”⁴ entre habitantes ciudadanos de distintas etnias. A pesar del arraigado imaginario tapatío⁵, relataré dos ejemplos de iniciativas que han llevado a cabo habitantes wixaritari de Guadalajara para abrir nuevos espacios y proponer nuevas relaciones interétnicas dentro de la ciudad. Estas dinámicas finalmente demuestran la cara cambiante de la ciudad mexicana contemporánea ante el crecimiento de una población indígena heterogénea que gradualmente ha ido afirmando su derecho a la ciudad.

Preludio

El 28 de abril del 2010, se celebró el evento “La interpelación de las diferencias: en busca del diálogo intercultural” en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), una universidad jesuita ubicada en la ciudad de Guadalajara. Varias semanas antes de que se realizara el gran evento, los organizadores de la facultad de filosofía extendieron una invitación a estudiantes indígenas del ITESO para compartir algunos elementos de sus tradiciones con el público universitario. La invitación se analizó durante una sesión de Universidad Solidaria (US), organización estudiantil que brinda un espacio de diálogo y apoyo para estudiantes indígenas y aquellos que provienen de los barrios populares de la ciudad. Para los alumnos de US la invitación y agenda acompañante dejaban claro que la participación indígena estaba pre-formulada por los alumnos de filosofía: era una invitación a que sus compañeros indígenas se portaran como indios; una invitación a que presentaran su folclor y su lengua, mas no una conversación seria sobre la “interpelación de las diferencias” o la llamada interculturalidad. Estudiantes de US finalmente optaron por participar pero con la intención de trascender la expectativa folclorista de los organizadores.

La agenda final separó a los estudiantes indígenas de los mestizos en diferentes paneles, y por si fuera poco, los estudiantes de US compartían el panel con dos ex-pandilleros cuya salida de “la vida loca” agradecían al evangelio. Cada participante indígena vestía traje tradicional y compartió algunos saludos en su lengua materna, además de poemas y cuentos mitológicos. Los pandilleros demostraron sus propios saludos y compartieron los ritos de iniciación para pertenecer a “la mara.” El próximo panel consistió de chicos rubios y de lentes oscuros que leyeron poemas y compartieron experiencias interculturales de sus viajes a Tijuana, Versailles, la Amazonía brasileña, Tailandia y Chenalhó. Contaron de sus amantes bisexuales en Francia, la experiencia de comprar un condón en Bangkok y la revelación de que el mundo era desigual tras un intercambio con indígenas “marginados” en Chiapas. La otredad no hubiera podido subrayarse de una manera más aguda ante la yuxtaposición de estos dos paneles. ¿Por qué no poner el apasionado poema de la estudiante ch’ol en el mismo espacio que el de la dramática rubia y el cuento de sus personalidades múltiples? ¿Si el evento buscaba la interpelación y el diálogo porqué esta burda separación?

Este evento universitario es solo un ejemplo de interacciones cotidianas que revelan las expectativas duraderas que sigue albergando la población mestiza mexicana hacia sus connacionales indígenas, particularmente dentro del contexto urbano. A pesar del crecimiento continuo de habitantes indígenas en la Zona Metropolitana de Guadalajara, el imaginario tapatío mantiene una narrativa que exalta sus raíces hispanas, europeas y mestizas, efectivamente anulando la dinámica influencia indígena tanto en el pasado como en el presente. En las siguientes páginas, examinaré algunos de los momentos críticos en la definición étnica de Guadalajara, sin perder de vista las consecuencias que estas narrativas dominantes tienen para la población indígena que comparte la ciudad.

Tras los pasos de Nuño Guzmán—limpiando el occidente de indios

[Y] con la justicia que deste se hizo y con enbiar yo alguna gente, los pueblos que estaban levantados se pacificaron, y agorasirbe todo muy mejor que antes.

Carta de Nuño Beltrán de Guzmán sobre la conquista de la provincia de los chichimecas, 8 de julio, 1530

Para entender las concepciones raciales ligadas al espacio urbano que se reproducen dentro del imaginario tapatío es importante analizar algunos elementos centrales de la fundación y el desarrollo de Guadalajara. Esta labor resulta importante para poder comprender cómo Guadalajara fue imaginándose como una ciudad excepcionalmente criolla—una clase de espejismo de la Madre Patria. Ante la conquista española, el occidente mexicano tuvo la gran desgracia de enfrentar la embestida de las fuerzas de Nuño Beltrán de Guzmán, posiblemente el más infame de todos los conquistadores españoles, puesto que hasta la Corona española acabó por enjuiciarlo y apresararlo por el excesivo abuso de sus poderes. Proveniente de Guadalajara, España, Guzmán ha sido inscrito en la historia como un hombre calculador y autoritario que buscaba fortalecer su poder a toda costa. Como gobernador de la región del Pánuco en Veracruz, estableció su fama al tomar presos a los indígenas y venderlos como esclavos a las islas del caribe, a menudo a cambio de ganado y caballos. Su contemporáneo, Bernal Díaz del Castillo, escribió que en el Pánuco “se herraron tantos indios que casi quedó despoblada aquella región” (Santana 5). Su

ambición por el poder y su rivalidad con otros conquistadores (tuvo disputas notables con Hernán Cortés) inspiraron a Guzmán hacia la conquista de nuevos territorios en el occidente a partir de 1529 conduciendo a su eventual puesto como el primer gobernador de Nueva Galicia, región que hoy en día comprende los estados de Jalisco, Nayarit, Zacatecas, Aguascalientes y Colima.

La travesía de Guzmán partiendo de la Ciudad de México a lo que ahora son los estados de Michoacán, Jalisco, Nayarit y Sinaloa fue marcada por varios enfrentamientos con los nativos. Aun en casos de aparente cooperación, Guzmán, quien en este momento gozaba del título de Presidente de la Primera Audiencia⁶, optaba por el uso de violencia para tomar tierras y esclavos. El asesinato brutal del cacique purhépecha, Caltzontzin, a fines de 1529, dejó un precedente de lo que seguiría, alarmando a la Corona, a la Iglesia, y mandando mensajes de alerta a lo largo de los territorios ubicados al norte y occidente. A pesar de que varios contemporáneos españoles de Guzmán juzgaran sus acciones como excesivas, las redacciones de algunos de los capitanes e intérpretes que lo acompañaron nos dan una idea de cómo la lógica de la conquista y la construcción maléfica que se tenía de los nativos justificaba las matanzas y la esclavización de cientos de miles de personas en el occidente, incluyendo los “señores principales” de los pueblos que atravesaban los españoles. Durante este periodo, el Valle de Atemajac (donde ahora se encuentra Guadalajara) estaba conformado por varios pueblos, el más importante siendo el de Tonalá o Tonallán que, ante la llegada de Guzmán el 24 de marzo de 1530, estaba gobernado por una mujer, Cihuapili 6Tzapotzintli cuya hospitalidad no fue compartida por sus parientes que gobernaban los pueblos aledaños de Tetlán y Coyula. Esta confrontación resultó en una difícil batalla que ganaron los españoles con la participación del capitán Cristóbal de Oñate (Cornejo Franco y Pérez 23).

A pesar de esta victoria en el Valle de Atemajac, las fuerzas de Guzmán buscaban establecer su capital en el área de Tepic en el presente estado de Nayarit. Guzmán escribió a Carlos V de la “docilidad” de los más de dos millones de nativos de la región de Tepic pidiendo permiso para declararlo su territorio y esclavizar a los indígenas ante la falta de bestias de carga (Santana 38). De acuerdo al historiador, José Epigmenio Santana, la brutalidad de las tropas de Guzmán y la ardua resistencia que alzaron los indígenas obligaron a que la región de Nueva Galicia se tuviese que conquistar dos veces. La Guerra del Mixtón en 1541 concentrada en la región de Zacatecas tuvo reverberaciones durante varias décadas a lo largo

del territorio occidental, que según José María Murià, abrió la posibilidad de “limpiar” el occidente de europeos:

Se trataba de un auténtico estallido derivado de la cruel dominación impuesta sobre gente que, si bien no había ofrecido mayor resistencia cuando los conquistadores aparecieron por primera vez en sus tierras, allá en 1530, muy lejos estuvo de quedar en verdad sometida. Al cobrar conciencia de las verdaderas intenciones de los intrusos, cuando conservaban aún algunas energías alimentadas con el acopio de agravios recibidos, pelearon como lo hicieron: hasta vencer o morir. Las crónicas de la época afirman que su grito de guerra era: “tú muerte o la mía.” (12)

Para 1535, la capital de Nueva Galicia se fundó en el pueblo de Compostela al sur de Tepic, pero las incesantes sublevaciones indígenas pronto hicieron que Guzmán estableciera una nueva sede, esta vez en el Valle de Atemajac, el día 14 de febrero de 1542 (21).⁷

A partir de esta fecha, Guadalajara progresivamente fue tomando un papel estratégico para la Corona al ser “la punta de lanza” para las expediciones que se harían hacia la llamada “frontera chichimeca” al norte donde se pensaba encontrar más riquezas como las fantásticas Siete ciudades de Cibola y Quívira (Weckmann 119).⁸ El descubrimiento de plata en Zacatecas también impulsó el desarrollo de Guadalajara como sede de la capital de una cada vez más próspera Nueva Galicia. Evidentemente, la centralidad administrativa de Guadalajara condujo a un proceso lento de urbanización usando la mano de obra adquirida a través del despojo agrario creado por el sistema de repartimientos (González y González 101). Como otras ciudades de la Nueva España, la Guadalajara colonial era un espacio de heterogeneidad étnica con una población mayoritaria de indígenas, mulatos y mestizos concentrados en barrios étnicos y una minoría peninsular que gozaba del poder político y económico. No obstante, a diferencia de otras ciudades de Nueva España, Guadalajara no se llamó por su nombre indígena, ni se le añadió nombre religioso, sino que se le bautizó explícitamente con el nombre del lugar de nacimiento de Guzmán, un factor que refleja la visión hispanizante tanto del conquistador como de los futuros gobernadores (100).⁹

Durante los siguientes siglos esta capital colonial vio un desarrollo lento pero continuo gracias a la formación de lazos entre las familias criollas establecidas y el arribo de peninsulares que fueron conformando la clase administrativa, clerical y mercantilista

de Guadalajara. Según Jaime Olveda, Guadalajara gozó de su relativa autonomía política y económica fortalecida por las reformas borbónicas que promovieron la migración de peninsulares a las Américas que “venían inspirados en un profundo sentimiento de la superioridad española y, sobre todo, poseídos de un enorme deseo de triunfar y de transformar a las colonias americanas en posesiones redituables y respetables” (40). Para finales del siglo XVII, la inmigración de peninsulares a esta ciudad indujo cambios demográficos importantes: mientras que a principios del siglo XVII se calculaban 173 familias de sangre española y medio millar de esclavos negros y mulatos, además de más de 3 000 indígenas, para 1793 un censo calculó que Guadalajara tenía 9 386 criollos, 6 538 mulatos, 4 241 indígenas, 3 898 castas y 186 peninsulares (23, 41). Asimismo, Olveda señala que, a diferencia de otras regiones de la Nueva España, los peninsulares y criollos de Guadalajara supieron tejer estrechos lazos a través de pactos matrimoniales, políticos y comerciales que les facilitó consolidar una potente oligarquía regional (50-1). Esta unidad hispana tuvo importantes implicaciones para las comunidades indígenas puesto que la concentración de tierras en manos de pocas familias aceleró la migración de indígenas desposeídos a Guadalajara donde enfrentarían una naciente economía monetarizada que seguiría fortaleciéndose ante la guerra de la independencia (Olveda 87-8).

Migración y ascendencia de una Guadalajara moderna en el siglo XIX

Los indios podían librarse de su ‘etiqueta’ mediante la movilidad social y geográfica y perderse dentro del grupo de población étnicamente no diferenciado y sobre todo urbano, que normalmente denominaba para mayor comodidad como mestizo.

Antonio Escobar Ohmstede

En 1774 se fundó el Puerto de San Blas en las cercanías de Tepic abriendo paso a lo que sería una época de prosperidad para los comerciantes del occidente que ahora estarían a cargo de mercancías provenientes del oriente, Sudamérica y el Caribe por medio de Panamá. Esta novedad indujo el desarrollo de la infraestructura del eje Tepic-Guadalajara pero también recrudesció la privatización de tierras con fines de agricultura comercial para alimentar a la creciente población urbana (Olveda 125). De esta manera, la prosperidad tapatía y tepicense logró nuevas alturas gracias a la

convergencia del comercio del puerto de San Blas, la minería regional y la coherencia que mantuvo la oligarquía urbana.

Al concluir la guerra de la independencia en 1821, comienzan los grandes debates entre los conservadores y los liberales mexicanos buscando determinar el futuro económico de México durante un momento de apertura global dominada por los países europeos en vías de industrialización. Aunque algunos políticos buscaban un México moderno e industrializado, la realidad seguía posicionando al país como un exportador de materias primas de tal manera que fortaleció el sistema latifundista que sujetó a los campesinos al empleo estilo plantación (206). A partir de la independencia y conforme se fueron implementando las reformas liberales, tanto el campo como la ciudad experimentaron convulsiones sociales a raíz del despojo territorial de las comunidades indígenas y campesinas mestizas, lo que tuvo como resultado que muchos tuviesen que ir a probar su fortuna en ciudades dominadas por las mismas clases pudientes que poseían las grandes fincas rurales.

En el caso de Guadalajara, el Puerto de San Blas siguió siendo un punto importante de crecimiento comercial con una participación marcada de ingleses y panameños que se fueron estableciendo en el puerto y en Tepic. La casa comercial de Barron y Forbes es el ejemplo más notable del poderío que pudieron tener algunos británicos en el occidente mexicano, dominando el comercio de la Alta California hasta Guayaquil durante buena parte del siglo XIX (210-2). La presencia de los ingleses y panameños, ayudó conformar las bases de la ascendencia de la ideología liberal que para mediados del siglo XIX supo establecerse en Guadalajara a pesar de las tendencias conservadoras de la clase política clerical.¹⁰ Consecuentemente, durante esta época Guadalajara experimentó el avance de las grandes fábricas de textiles pertenecientes en gran medida a los inmigrantes franceses que se establecieron en la ciudad a partir de 1850. Olveda nota que este proceso condujo un reordenamiento espacial de la ciudad en el que los lugares de trabajo, de vivienda y de consumo se fueron separando.¹¹ Durante la segunda mitad del siglo XIX, siguieron llegando más inmigrantes de Europa y de Estados Unidos cuyos negocios solidificaron nociones del mercado libre. Los franceses representaron el grupo más sobresaliente por su número e influencia, pero también se vio una fuerte comunidad de alemanes, italianos e ingleses que a su vez fueron transformando el espacio y la cultura de la ciudad con la formación de colonias como la Americana, la Alemana y la

Francesa. Estas colonias se caracterizaron por su ubicación en las zonas suburbanas de la ciudad que aún quedaban por desarrollarse. Conforme fue avanzando el siglo, se establecieron un número mayor de casonas y chalets pertenecientes a las clases pudientes de stirpe criolla y extranjera, mientras que las grandes casas coloniales ubicadas en el centro se fueron ocupando por negocios o subdividiendo para albergar a habitantes de escasos recursos (Hernández Larrañaga 385).

De especial importancia para el presente estudio es la manera en que los procesos migratorios, económicos y políticos afectaron el discurso racial de la época.¹² Es de notarse que la ideología liberal basada en el concepto del individuo libre, buscó explícitamente borrar de la sociedad mexicana la categoría de “indio” y otras “castas” para impulsar la noción de un solo tipo mexicano representado en la persona del mestizo (Villoro). Prisciliano Sánchez, como primer gobernador constitucional de Jalisco declaró la sustitución de las identidades indígenas y “castas” con la noción unificadora del ciudadano mexicano híbrido (Olveda 197). Más tarde, como gobernador, Ignacio L. Vallarta proclamó la desamortización de tierras comunales arguyendo que las nuevas leyes beneficiarían a los indígenas puesto que trascenderían su estado como “una raza desgraciada” forzada a vivir dentro de corporaciones civiles para poder convertirse en seres libres de participar dentro de una economía capitalista individualista (González Navarro 31). Según estos argumentos, a través del cambio de derechos territoriales, la educación y la disciplina de la economía monetarizada, el indígena tendría la oportunidad de transformarse en un ser moderno tal como mostraba la figura prolífica de Benito Juárez.

Sin embargo, a lo largo y ancho del territorio mexicano, las reformas liberales y la subsecuente estratificación social fueron contestadas con fuertes rebeliones campesinas e indígenas, notablemente con los movimientos yaquis vistos en Sonora, la Guerra de Castas en Yucatán y el movimiento liderado por Manuel Lozada en Nayarit y Jalisco. Consecuentemente, lo que el historiador Moisés González Navarro denomina “la edad de oro de la hacienda” coincide con una serie de rebeliones agrarias que antecedieron por varias décadas a los seguidores revolucionarios de Emiliano Zapata. Las fuerzas indígenas y mestizas de Lozada sacudieron el territorio occidental durante casi treinta años, formando vínculos estratégicos con actores tan diversos como la casa Barron y Forbes y el imperio francés de Maximiliano I que prometían respaldar el derecho comunal de los indígenas y

campesinos. Las tropas de Lozada, conformadas por indígenas nayarite (coras), wixaritari (huicholes) y mestizos mandaron señales de alarma a la oligarquía tepicense y tapatía, hasta que finalmente se vieron derrotados por las fuerzas del general liberal, Ramón Corona, el 23 de enero 1873, en la Batalla de la Mojonera en las afueras de Guadalajara (Corona).

Una biografía anónima sobre Corona traza su formación en “las guerras épicas de la Reforma y de la segunda independencia” cuando se une como soldado a las bases liberales en 1858 enfrentándose a “las fuerzas reaccionarias” de Lozada, marcando el comienzo de lo que serían varios años de guerra entre la llamada civilización y barbarie (*Apuntes*). Dentro de esta narrativa, Lozada representa a los “salvajes enemigos de la humanidad y de la civilización” mientras que Corona encarna el fiel patriota perteneciente a la llamada raza avanzada. La muerte y derrota de Lozada en 1873 sella la victoria liberal en el occidente y el General Corona goza de varios años de cargos diplomáticos hasta culminar con su victoria como gobernador de Jalisco entre 1887 y 1889. Este periodo de victorias liberales ha quedado inscrito en la toponimia de las calles de Guadalajara que celebran los héroes jaliscienses de la Reforma como son Ignacio Vallarta y Prisciliano Sánchez. En la Calzada Independencia permanece una estatua del General Corona con mención de su triunfo sobre Lozada. Este recorrido por el siglo XIX nos permite ver cómo se fue arraigando el orgullo de una ciudad marcada por las múltiples huellas europeas que se fusionaron, a menudo resentidamente, con lo mestizo e indígena.

Expansión, heterogeneidad y luchas barriales en el siglo XX

Durante el porfiriato y los años de la Revolución Mexicana, hubo un crecimiento significativo de habitantes en Guadalajara, a tal grado que para finales del siglo XIX las autoridades comenzaron a preocuparse por un número de “léperos y pelados” más grande que en cualquier otra ciudad del país (Olveda 334). Como se mencionó previamente, las leyes impulsadas por la Reforma condujeron a una inusitada concentración de tierra en manos de poderosos latifundistas lo cual resultó en un grave desplazamiento de campesinos hacia la ciudad. Se ha escrito ampliamente sobre cómo este proceso se agudizó bajo el régimen de Porfirio Díaz quien paralelamente utilizó un alto grado de violencia contra las clases trabajadoras en las ciudades y en el campo.¹⁵ Esta realidad contrasta fuertemente con el éxito financiero que tuvieron las clases pudientes

y se hizo manifiesta en la reorganización urbana que fue alejando cada vez más a los ricos de los barrios centrales ahora habitados por los más pobres. La segregación marcada entre las clases sostuvo una línea étnica y en el caso de Guadalajara fueron la vieja oligarquía criolla y los empresarios extranjeros quienes implantaron una visión europeizante de la ciudad. Apodos para la ciudad como “La Andalucía de México,” “La Florencia mexicana” y “La ciudad de las luces” presumen la identidad que la oligarquía buscaba promover a nivel local e internacional (Torres Sánchez 18). Durante los años revolucionarios, los políticos tapatíos siguieron apostando el desarrollo económico, político y cultural de su ciudad en la venida de ciertos inmigrantes a través del envío selectivo de panfletos a estadounidenses, europeos, latinoamericanos y hasta mexicanos de ciertas regiones del país.

Una investigación del antropólogo tapatío Guillermo de la Peña analiza la intersección de la llegada de migrantes de los Altos de Jalisco afiliados a las filas cristeras con una “urbanización popular” organizada por los párrocos barriales, como fue el caso del vecindario de Santa Teresita (De la Peña, “Migrantes”). Ante la ausencia municipal en cuestiones infraestructurales como agua potable, reparación y pavimentación de calles, De la Peña señala el poder político y cultural sobre las vidas de estos nuevos pobladores que llegó a tener la organización eclesiástica de barrio, Acción Católica. En las décadas de 1940 y 1950, conforme se fueron estableciendo más vecindarios para las clases trabajadoras migrantes, estas asociaciones religiosas de corte conservador profundizaron una narrativa particular de una sociedad ideal basada en el legado hispano:

Los contenidos discursivos eran consistentes y convergentes: el punto central era la supremacía de la Iglesia Católica sobre cualquier otro poder y la obligación de los gobiernos por honrarla; la importancia en la historia de México, de la evangelización traída por los españoles—y por tanto la gran deuda de México con España—y de la aparición de la Virgen de Guadalupe; la gran traición de los gobiernos liberales y masones en los siglos XIX y XX al decretar y sostener la separación entre la Iglesia y el Estado, y al perseguir a la Iglesia; y la obligación de los católicos de rechazar el ateísmo y el comunismo, y de velar por la integridad de la familia y la pureza de las costumbres. (102-3)

De la Peña enfatiza que la consolidación de Acción Católica en las vidas cotidianas de vecindarios como Santa Teresita modela una “comunidad moral” que permitió el establecimiento de migrantes

alteños dentro de una ciudad que crecía de manera exponencial sin que los gobiernos municipales pudiesen cumplir con las necesidades básicas de sus nuevos habitantes.

De 1940 a 1950, Guadalajara duplicó su área de 2,620 a 4,180 hectáreas atrayendo inversionistas e inmigrantes en busca de oportunidades laborales en los sectores industriales y comerciales (Núñez Miranda 227, 256). El centro se reconstituyó con la construcción de modernos edificios dedicados al comercio y se levantaron los ejes centrales que subrayaron la ya existente división entre los pobres, ubicados al oriente de la Calzada Independencia (antes el Río de San Juan de Dios), y las clases medias y afluentes hacia el poniente. Mientras tanto, en las zonas periféricas se fueron construyendo de manera desregulada nuevos fraccionamientos habitacionales para diversas clases sociales; un fenómeno que se ha exacerbado hasta el presente a costa de tierras ejidales y áreas verdes. Durante la década de 1970, la especulación inmobiliaria se aceleró ante la llegada de un millón de nuevos habitantes que, al no tener la posibilidad de pagar vivienda en zonas “regulares,” se fueron asentando en fraccionamientos ilegales manejados por entes corruptos que a través del despojo ejidal pudieron lucrarse de inmigrantes vulnerables (Comisión, “Dinámica;” Núñez Miranda 263).

Estas colonias populares que se fueron creando en las zonas periféricas, particularmente a partir de 1970, comenzaron a ver una presencia de grupos indígenas de diversas partes del país que formaron redes entre sus comunidades de origen y sus nuevos hogares urbanos. Los antiguos barrios indígenas de Mezquitán y Mexicaltzingo, ubicados en la zona centro ya no albergaban la principal población indígena de manera que se desarrolló una población indígena cultural y laboralmente heterogénea y geográficamente dispersa. Las etnias que más han destacado por su número son los purhépechas, nahuas, mixtecos y otomíes, todos provenientes de distintos estados del país, los cuales han aprovechado distintos nichos laborales en la ciudad (Comisión, “Dinámica”). Datos del Instituto Nacional de Geografía y Estadística muestran que para 1995, la ciudad contaba con 54 diferentes etnias indígenas (Instituto). A nivel nacional, el declive vivido en el campo a partir de la Revolución Verde y las crisis económicas de fines de los setenta y a lo largo de los ochenta causaron graves desplazamientos rurales hacia las ciudades y a los Estados Unidos. Los pueblos indígenas no se salvaron de estos

movimientos e incluso vivieron estas crisis de forma más violenta ante violaciones de derechos civiles y despojo territorial a raíz de los cambios constitucionales consumados durante el sexenio de Salinas de Gortari.

A pesar de esta realidad cambiante, no han habido políticas indigenistas específicamente diseñadas para las comunidades urbanas indígenas, pues el imaginario que se tiene del indígena sigue siendo la de un ser netamente rural (Comisión, “Dinámica”). La antropóloga Regina Martínez Casas ha seguido las experiencias de migrantes otomíes provenientes de Santiago Mexquititlán, estado de Querétaro. El patrón de herencia de la tierra (heredada al hijo varón más joven) y la crisis agrícola son las dos razones principales que causaron la emigración de esta comunidad hacia las ciudades de México, Monterrey y Guadalajara (De la Peña y Martínez Casas 110). Martínez Casas halló que mientras estas familias otomíes mantienen un estrecho lazo con Santiago Mexquititlán (marcado por su participación en fiestas patronales y la conservación de relaciones sociales tradicionales en la urbe), muchos prefieren esconder su identidad étnica dentro de espacios públicos prefiriendo identificarse simplemente como “fuereños:”

La renuencia de muchos otomíes—que se da igualmente en Santiago, pero se agudiza en la ciudad—refiere a la experiencia de relaciones interétnicas particularmente tensas y asimétricas: saben que si son etiquetados como miembros de un grupo indígena, el estilo de interacción quedará irremediamente marcado por tal etiqueta, para bien o para mal. (119)

De esta manera, la investigadora señala que a menudo existe una preferencia por etiquetarse ante las autoridades urbanas como “pobres” en vez de indígenas al sentir que recibirán mejor atención. Por último, Martínez Casas arguye que el rechazo que experimentan los jóvenes tiene implicaciones serias en su nivel de escolaridad: en una escuela cuya población era casi 50% indígena en primero y segundo de primaria, sólo contaba con un 17% de alumnos indígenas para el sexto grado, indicando la deserción por causa de enajenación además de responsabilidades laborales y domésticas que tienen estos jóvenes hacia sus familias (126).

La experiencia otomí sin duda tiene paralelos con las de otros grupos indígenas asentados en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG), sin embargo los patrones de migración, asentamiento, empleo y educación también señalan diferencias que deben apreciarse para no caer en tendencias homogeneizantes. Esto

es especialmente importante ahora que un estudio de la Comisión Nacional para el Desarrollo de Pueblos Indígenas (CDI) encontró que Guadalajara, Monterrey y Cancún comparten el más rápido crecimiento de indígenas urbanos en el país (Durin 13). La presencia de indígenas en espacios vistos históricamente como pertenecientes a los mestizos y blancos indudablemente despierta el racismo entre aquellos segmentos de la población urbana que resienten la idea de compartir la ciudad con grupos étnicos “indeseables.” Dentro del Programa para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (PDPI) 2009-2012, la CDI reconoce que el racismo es “la causa esencial” de los “profundos rezagos socioeconómicos” que viven los pueblos indígenas. Además, el PDPI cita una encuesta gubernamental que encontró que el 42.9% de mexicanos no-indígenas piensan que los indígenas “tendrán siempre una limitación social” por sus “características raciales.” En el ámbito urbano, el 39.5% de la población dice estar dispuesta a “organizarse” para impedir que familias indígenas vivan cerca de sus colonias (Comisión, “Programa” 22). Otro estudio de la CDI confirma estos sentimientos discriminatorios indicando que mientras nueve de cada diez personas dicen estar de acuerdo con tener un vecino indígena, en la fase cualitativa de la encuesta el rechazo a esta posibilidad se hizo más claro ante comentarios como: “Me imagino mi casa bonita y al lado una choza con tierra” o “No los vería, no por elitista, sino porque no es *ad-hoc*, no es normal.” También surgieron comentarios con tendencias más ambivalentes pero igualmente prejuiciosos: “Encantada, a mí ni me va ni me viene...si llegan a mi lado y son limpios, qué buena onda” (Comisión, “Percepción” 40).

Esta clase de prejuicios raciales se combinan con un fuerte clasismo que se refleja en la organización del espacio urbano, y consecuentemente afecta cómo se vive la ciudad desde distintas posiciones sociales. Guadalajara sirve como un excelente ejemplo de la estratificación social transformada en organización espacial y política por las inclinaciones conservadoras de las clases empresariales y políticas cuyos interlocutores de preferencia han sido la Iglesia Católica y el Partido Acción Nacional (PAN), el cual ha dominado la política estatal a partir de 1995. Paralelamente, existen organizaciones conservadoras cuya preocupación central es el mantenimiento de las “buenas costumbres” y la reinserción de la Iglesia Católica dentro de la política, y generalmente, dentro de la vida cotidiana de los tapatíos (De la Torre y Ramírez Saínz 196).

El arraigue del conservadurismo tapatío tiene implicaciones directas para ciudadanos indígenas que no encajan dentro del ideal católico, hispano y neoliberal que impulsan estas fuerzas sociopolíticas. A través de campañas, propaganda y congresos, organizaciones de derecha como el Opus Dei y los sinarquistas, favorecen políticas de libre comercio, exaltan la propiedad privada y buscan alzar fronteras entre los espacios que ellos habitan (sean viviendas, colegios o centros comerciales) y los espacios que habitan “las clases indeseables” (Guzmán Pérez Pelaez 170). De esta manera, la oligarquía tapatía actual conserva íntegramente la postura pragmática de antaño: liberal en lo económico y conservador en lo social y político. Esto presenta un desafío importante dentro del contexto de una ciudad progresivamente heterogénea tanto en lo espacial como en lo étnico. La siguiente y última sección de este artículo toma el ejemplo de dos organizaciones urbanas atendidas por wixaritari para comprender este desafío y considerar algunas estrategias que están tomando un grupo de ciudadanos para transformar las relaciones interétnicas en Guadalajara.

Asociaciones indígenas y el derecho a la ciudad

[M]e parece muy importante que los proyectos sean desde las personas, no nada más como indígena, pero aquí se da mucho en nuestro estado y en nuestro país: a muchos grupos nos toca ser a los que siempre hay que ayudar, a los que siempre hay que decirles cómo, y nunca se considera que nosotros tenemos nuestras propias herramientas, que somos pensantes también aunque consideremos diferentes las cosas.

Antonio García, universitario y activista wixárika de Guadalajara

Los estereotipos de “el indígena” llevan siglos circulando y fortaleciéndose en discursos políticos, culturales y económicos basados en nociones jerarquizadas de bienestar y progreso. El discurso desde luego se convierte en práctica, práctica a nivel gubernamental pero también a nivel cotidiano y popular sustentado por medio de un imaginario del *indígena universal* que rige circunstancias particulares. En otras palabras, los estereotipos, que parten de nociones generalizadas de cierta etnia o raza, se vuelven concretos a través de prácticas cotidianas que renuevan el orden social dominante (Pred 2004). Las encuestas de la CDI previamente citadas demuestran el espectro de prejuicios que sigue teniendo la sociedad mexicana sobre los pueblos indígenas. Estos prejuicios

abarcan sentimientos de rechazo total, lástima y paternalismo, ambivalencia o celebración y amistad. El geógrafo Allen Pred enfatiza que las ansiedades y fantasías que tienen las clases dominantes de las subalternas están edificadas en “la ya existente y variadamente construida imaginación popular racista” que se intensifica en las formas cotidianas de aplicar imágenes universales a situaciones particulares, de ahí la idea de que el hogar natural de un indígena sea una choza de tierra, aun en la ciudad (177).

En México persiste la idea que los pueblos indígenas requieren asistencia para poder superar las famosas etiquetas de pobreza, marginación, analfabetismo y discriminación. Sin embargo, como muestra la cita que encabeza esta sección, los mismos indígenas buscan trascender este tipo de relaciones utilizando herramientas e iniciativas propias que igualan o rebasan los proyectos pensados por los mestizos. En el contexto actual en el que se ven grandes movimientos humanos a través de fronteras municipales, estatales e internacionales, Guillermo de la Peña sugiere que repensemos visiones tradicionales de ciudadanía y territorio que están basadas en “mistificaciones” que se vuelven insostenibles ante la globalización. Por ende, debe de haber una “construcción de visiones alternativas del territorio y de la nación por parte de actores que reclaman una participación diferenciada en la vida nacional: llamaré a este tipo de participación *ciudadanía étnica*” (De la Peña, “Territorio y ciudadanía”). Este replanteamiento de pertenencia ciudadana incluye abandonar categorías estáticas de identidad y permitir nociones más fluidas de identificación que reflejan las actuales realidades sociales y espaciales, como es el caso de los migrantes indígenas que residen en las ciudades:

Los otomíes de Guadalajara nunca declaran vivir en esta ciudad, sino en Santiago Mexquititlán, aunque sólo vayan al pueblo unos cuantos días al año. Pero otros indígenas que sienten mayor arraigo en el mundo urbano igualmente se niegan a definir ese mundo en términos de un espacio exclusivamente mestizo y homogeneizante, y hasta pueden sentirse plenamente ciudadanos y plenamente huicholes, o mixtecos, o purhépechas.

A partir de estas identidades dinámicas surgen importantes iniciativas autogestivas que plantean nuevas plataformas para pensar los espacios públicos, educativos, laborales y domésticos. En seguida describiré dos proyectos que buscan cambiar las relaciones

interétnicas en Guadalajara a la vez que alimentar y reafirmar las identidades indígenas dentro la ciudad.

Wixaritari, Artistas y Artesanos Unidos en la Zona Metropolitana de Guadalajara

El proyecto colectivo, Wixaritari, Artistas y Artesanos Unidos en la Zona Metropolitana de Guadalajara (WAUU), es una respuesta a las problemáticas que han enfrentado los wixaritari que viven de manera permanente y temporal en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG): principalmente la discriminación por parte de instancias gubernamentales y conciudadanos, y la falta de unidad entre los wixaritari que residen en la ciudad. El proyecto de WAUU atiende a las necesidades de los wixaritari que viven de la venta de arte y artesanía. De hecho, es la profesión artesanal (específicamente la elaboración de bisutería, máscaras y esculturas hechas de chaquira) que diferencia al pueblo wixárika de otras etnias. Al ser originarios de los estados de Jalisco, Nayarit y Durango, los wixaritari tienen una relación histórica con la ciudad de Guadalajara y la proximidad entre esta ciudad y sus comunidades tradicionales ha permitido una fluida relación entre aquellos que han emigrado a la ciudad y aquellos que han permanecido en sus rancherías. No obstante de ser un pueblo netamente jalisciense, los gobiernos estatales y municipales se han negado a darles el reconocimiento debido.

Otro desafío que enfrentan dichos artesanos y artistas es la falta de espacios en donde puedan comerciar sus artículos. A partir del 2003, el municipio de Guadalajara prohibió de manera definitiva la venta de artesanías en las plazas del centro histórico ante argumentos de que estas mesas de venta eran sinónimas al ambulante y tachaban la imagen del centro. Aunque el fenómeno de prohibir el comercio informal se está viendo a nivel internacional, en el caso de Guadalajara son las administraciones del Partido Acción Nacional las que impusieron nuevas reglas para inhibir dichas actividades; esto incluye la otorgación y negociación de licencias individuales cuando anteriormente los artesanos podían obtener permisos de manera colectiva (De la Peña y Martínez Casas 121). Estas acciones prohibitivas tienen consecuencias graves para el bienestar económico de las familias artesanas que dependen de espacios de venta. A raíz de estas experiencias se conformó el proyecto de WAUU para movilizar y unir a los wixaritari de la ZMG con la esperanza de negociar la apertura de espacios para la venta de artesanía bajo términos dignos.

WAUU afirma su derecho para crear dicho proyecto citando el artículo 2º del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo que subraya la responsabilidad del gobierno de “eliminar las diferencias socioeconómicas que puedan existir entre los miembros indígenas y los demás miembros de la comunidad nacional, de una manera compatible con sus aspiraciones y formas de vida.” Además, el documento del proyecto señala que la actual causa de la migración wixárika a las ciudades proviene de políticas de desarrollo erróneas y los cambios perpetrados por la entrada del mercado capitalista en sus comunidades que provocan migraciones estacionales o permanentes a campos de trabajo fuera de sus comunidades. Esto no significa que todos los wixaritari de la ZMG sean iguales, pues los miembros de WAUU subrayan la heterogeneidad que existe entre ellos mismos, un aspecto que los había mantenido desunidos.

El objetivo final de WAUU es gestionar espacios formales y públicos para la venta de sus artesanías y arte para “asegurar la economía y la identidad de los wixaritari migrantes y habitantes temporales de la ZMG,” difundir información verídica y respetuosa sobre quiénes conforman el pueblo wixárika para eliminar estereotipos negativos, y fomentar un mayor diálogo entre los wixaritari y los mestizos en la ciudad (Wixaritari 16). Sin duda, el proyecto que propone WAUU busca una nueva visión de convivencia urbana que afirma su derecho a la ciudad.

Universidad Solidaria

Universidad Solidaria (US) es un programa que surgió como iniciativa de un ex-rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) con el propósito de apoyar y becar a estudiantes indígenas y de barrios populares que ingresaban a la universidad. Los estudiantes seleccionados para US reciben este recurso con la condición de participar en reuniones donde se presentan con los otros miembros y un empleado que luego dirige las necesidades del grupo hacia la administración. Uno de los miembros de US recuerda sentirse extraño cuando ingresó al ITESO y fue dirigido al programa, pues él había estudiado toda la vida entre mestizos sin recibir “preferencias” por ser indígena, y ahora se encontraba en una situación que parecía apartarlo de los demás universitarios (García). Sin embargo, para principios del año académico 2009-2010, el grupo comenzó un proceso de reflexión y crítica sobre el objetivo del grupo y la forma en que se llevaban a

cabo las asambleas. El coordinador nombrado por la universidad era una persona que los alumnos juzgaban como sincero y bien intencionado, pero a la vez sintieron la necesidad de que el coordinador y representante del grupo fuera uno de ellos.

Como consecuencia de estas necesidades, las asambleas mensuales se tornaron más horizontales con la elección de un coordinador estudiantil y surgió un sentimiento de que US ahora podría concentrarse no sólo en canalizar las necesidades de alumnos indígenas y de bajos recursos hacia la administración, sino también proyectar una mayor presencia dentro de la cultura universitaria (García). Se puede decir que US ahora cumple con dos objetivos esenciales: 1) otorgar un espacio seguro y respetuoso de desahogo para los miembros; y 2) organizar proyectos y eventos que diversifiquen la identidad universitaria. Para entender la importancia de un grupo como US debemos regresar a la anécdota mencionada al principio de este artículo sobre el evento universitario: “La interpelación de las diferencias: en busca del diálogo intercultural.” Hay que señalar que el ITESO es una universidad privada conformada por los hijos de la élite tapatía. No obstante, el ITESO, a diferencia de otras instituciones privadas, se ha destacado por sus ideales jesuitas y su historia de compromiso social al haber financiado y coordinado un sin número de proyectos de beneficencia social en el estado de Jalisco. Consecuentemente, existe una comunidad de jóvenes bien intencionados que sin embargo corren el riesgo de replicar algunas actitudes paternalistas e ingenuas hacia sus conciudadanos menos privilegiados. Esto repercute en las experiencias cotidianas de los alumnos indígenas que por bien o por mal son tratados por sus compañeros como diferentes a base de su etiqueta étnica y social.

Al tomar este contexto en cuenta, el espacio de la asamblea de US permite a los jóvenes expresar sus inquietudes académicas, económicas y familiares sin miedo de ser juzgados. Y ahora, bajo la nueva estructura que está liderada por los mismos estudiantes, han germinado varias iniciativas que buscan profundizar la diversidad sociocultural de la universidad a través de eventos y actividades que reflejan la heterogeneidad de los grupos indígenas que están representados en el campus. En una entrevista tomada en julio de 2010, el primer coordinador estudiantil de US afirma que la idea es impulsar una política universitaria verdaderamente inclusiva para que lleguen más jóvenes “de otros lugares” y no se les identifique como “especiales” sino que, a través de esta diversificación, se impulse una ruptura con los prejuicios que siguen circulando. Aunque el evento organizado por los estudiantes de filosofía parecía

confirmar estereotipos, los alumnos de US pudieron dejar su huella al final del programa a través de un diálogo crítico en el que algunos de sus compañeros de filosofía terminaron por reconocer que falta una mayor reflexión y mucho trabajo para que la universidad sea realmente de todos.

WAUU y US son dos organizaciones florecientes que buscan promover la presencia indígena no solamente dentro del ámbito urbano general sino que dentro de variados espacios de la ciudad, como son las universidades, las plazas públicas y las oficinas privadas. Dichas organizaciones forman parte de una creciente población indígena en Guadalajara que afirma su derecho a la ciudad, una libertad que el geógrafo David Harvey señala como un derecho humano relegado:

El derecho a la ciudad es mucho más que una libertad individual para acceder recursos urbanos: es el derecho a cambiarnos cambiando a la ciudad. Es además un derecho común más que uno individual siendo que esta transformación depende inevitablemente en el ejercicio de nuestro poder colectivo para reformar los procesos de urbanización. La libertad de hacer y rehacer nuestras ciudades y nosotros mismos es, quiero argüir, uno de los derechos más preciados pero más negados de todos. (1)¹⁴

Es justamente el principio de “hacer y rehacer” la ciudad, nosotros mismos y nuestras relaciones que motiva a las organizaciones populares como WAUU y US. Estas son organizaciones que actúan para desafiar un espacio urbano históricamente fragmentado que sustenta la continuidad del distanciamiento entre diferentes grupos sociales y que reproduce privilegios étnicos.

Johannes Fabian señala que colocar a pueblos y culturas en diferentes “cuestas temporales” implica un distanciamiento espacial que refleja jerarquías de poder arraigadas en el sistema colonial y en el desarrollo del capitalismo (17).¹⁵ Ambos sistemas “niegan la simultaneidad” (31) de los diferentes actores que han participado en la conformación de dichos sistemas aunque su participación haya sido desigual, forzada o contestatoria. He mostrado que el imaginario étnico tapatío promovido desde su establecimiento por Nuño de Guzmán ha contribuido a una serie de desplazamientos que distorsionan la realidad de gran parte de la población que siempre ha tenido un lugar no tan silencioso dentro de la historia regional y local. Como señala Escobar Ohmstede en el siglo XIX o Martínez Casas en el actual caso otomí, la construcción de una

identidad étnica uniforme en Guadalajara ha contribuido a que habitantes indígenas se identifiquen como mestizos para acceder mayor movilidad social, acto que implica una violencia simbólica explícita. No obstante, tanto la historia de contestaciones sociales como la actual transformación demográfica abren nuevas oportunidades para que los habitantes indígenas de Guadalajara proclamen su derecho a ser y pertenecer dentro de la ciudad.

NOTAS

1. Nombre utilizado durante la colonia para diferenciar la Guadalajara de España con la de Nueva España.

2. Según el censo del año 2000, siete de cada diez mexicanos vivía en una ciudad. Guadalajara absorbió 2.1% de la tasa de crecimiento total posicionándola entre las cuatro ciudades con mayor crecimiento en el país (Garza 92).

3. Según la Comisión Nacional para el Desarrollo de Pueblos Indígenas (CDI), en 2006 17.1% de la población indígena nacional vivía en ciudades grandes, con Monterrey, Cancún y Guadalajara compartiendo la taza más rápida de crecimiento de esta población (Durin 13).

4. Traducción del autor del término inglés *coevalness* acuñado por el antropólogo Johannes Fabian. La negación de la simultaneidad se refiere al acto de distanciar, en tiempo y en espacio, a diferentes sujetos sociales particularmente dentro de contextos coloniales y poscoloniales.

5. Tapatío es la palabra que se ha usado desde tiempos coloniales para denominar a aquello que proviene de la ciudad mexicana de Guadalajara. Según el *Diccionario de mexicanismos* de Abel Santamaría, la palabra tiene su origen en una medida de tres tortillas y también en tres unidades de cacao utilizada entre los aborígenes de Jalisco.

6. La Primera Audiencia era el máximo tribunal de la Corona española.

7. La fuerte rebelión aborígenes en la región de Tepic y de relativa paz en el Valle de Atemajac tienen fuertes implicaciones en la memoria histórica de ambas ciudades y en cómo han conformado identidades étnicas distintas: en el primer caso anclada en el legado del indígena rebelde y en el segundo en las raíces hispanas instruidas bajo la conquista y colonia.

8. Las Siete Ciudades de Cibola y Quívira son lugares imaginados por los españoles como sedes fantásticas de grandes riquezas en lo que hoy en día es Nuevo México. Varias expediciones partieron hacia dicha región sin hallar estas fabulosas ciudades.

9. El nombre Guadalajara proviene etimológicamente del árabe, *Wadal-Hachara*, que significa río de piedras (González y González 100).

10. Según el estudio de Brian Connaughton sobre la ideología clerical en Guadalajara, la Iglesia Católica no fue del todo monolítica pues una

parte significativa del clero buscaba adaptarse a las tendencias liberales siempre y cuando no perdiesen su estatus privilegiado (9).

11. Olveda trata el reordenamiento espacial de Guadalajara durante el siglo XIX en los capítulos 4, 5 y 6 de su obra *La oligarquía de Guadalajara*.

12. Aunque los términos raza y etnicidad contienen conceptos paralelos, el trabajo de Peter Wade plasma que el siglo XIX marca el advenimiento de discursos raciales basados en nociones de razón, ciencia y modernidad. Por otro lado, Wade afirma que etnicidad es una noción que aparece a partir de la Segunda Guerra Mundial y que se enfoca más precisamente en cuestiones de fronteras, otredad e identidades ligadas a espacios geográficos específicos (16).

13. Existe una amplia literatura sobre la relación entre las políticas económicas y sociales del porfiriato y el estallido de la Revolución Mexicana. Entre los textos más influyentes se encuentran Córdova, Gilly, Katz, Knight, y Womack. *Barbarous Mexico* de John Turner escrita durante la época porfiriana ofrece una de las lecturas más coloridas sobre la brutalidad del régimen de Porfirio Díaz y los innegables estallidos sociales por venir.

14. La traducción del inglés al español fue hecha por el autor.

15. Como indican los teóricos urbanos David Harvey y Henri Lefebvre en *La producción del espacio*, y como afirma el proyecto de WAUU, los procesos de urbanización no pueden desconectarse del desarrollo nacional y capitalista que tanto afectan al campo. De esta manera, el campo y la ciudad están fuertemente conectados, cuestión que se refleja intensamente en las experiencias de las poblaciones indígenas.

OBRAS CITADAS

- Apuntes biográficos relativos a Ramón Corona*. MS: n.p., 1885. Microfilme.
- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. "Programa para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas 2009-2012." *CDI: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas*. Gobierno Federal, n.d. Web. 4 de dic., 2009. <www.cdi.gob.mx>.
- . "Percepción de la imagen del indígena en México—Diagnóstico cualitativo y cuantitativo." *CDI: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas*. Gobierno Federal, 2006. Web. 10 de dic., 2010. <www.cdi.gob.mx>.
- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas/Dirección General de Investigación del Desarrollo y las Culturas Indígenas. "Dinámica de la población indígena en centros urbanos. Zona Metropolitana de Guadalajara, Jal., Términos de referencia." Junio, 2005. Web. 10 de dic., 2010. <www.cdi.gob.mx>.
- Connaughton, Brian F. *Clerical Ideology in a Revolutionary Age: The Guadalajara Church and the Idea of the Mexican Nation, 1788-1853*. Trad.

- Mark Healey. Boulder: UP of Colorado; Calgary: U of Calgary P, 2003. Impreso.
- Córdova, Arnaldo, et al. *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. México: Nueva Imagen, 1979. Impreso.
- Cornejo Franco, José, y Luis Pérez Verdía. *Testimonios tapatíos*. Guadalajara: Ediciones del Gobierno del Estado de Jalisco, 1959. Impreso.
- Corona, Ramón. "Parte detallada de la Batalla de la Mohonera, el día 28 de enero de 1873 por las fuerzas del supremo gobierno al mando del C. General Ramón Corona con las de Lozada." México: Imprenta del Gobierno, 1873. N.p. Impreso.
- De la Peña, Guillermo. "Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada." *Desacatos* 001 (1999): n. pág. Web. 15 de enero, 2011.
- De la Peña, Guillermo, y Regina Martínez Casas. "Migrantes y comunidades morales: resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara." Ed. Yanes, Pablo, et al. *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*. México: Universidad de la Ciudad de México y Dirección General de Equidad y Desarrollo Social, 2004. 89-149. Impreso.
- De la Torre, Renée, y Juan Manuel Ramírez, eds. *La ciudadanía de la política en Jalisco*. Guadalajara: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2001. Impreso.
- . "Trayectorias, redes sociales y política ciudadana de tres mujeres líderes." De la Torre y Ramírez, *La ciudadanía* 193-248. Impreso.
- Durin, Séverine, ed. *Entre luces y sombras. Miradas sobre los indígenas en el área metropolitana de Monterrey*. México: Publicaciones de la Casa Chata; CIESAS, 2008. Impreso.
- Escobar Ohmstede, Antonio, ed. *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez*. Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2007. Impreso.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia UP, 1983. Impreso.
- García, Antonio. Entrevista con autora. 20 de Julio, 2010.
- Garza, Gustavo. *La urbanización de México en el siglo XX*. México: Colegio de México, 2003. Impreso.
- Gilly, Adolfo. *La revolución interrumpida: México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*. México: "El Caballito", 1971. Impreso.
- González y González, Luis. "Guadalajara en el siglo de las fundaciones." Murià, *La academia* 97-105. Impreso.
- González Navarro, Moisés. "Vallarta y Lozada." Murià, *La academia* 23-32. Impreso.
- Guzmán Pérez Pelaez, Fernando. "Desarrollo Humano Integral y Acción Ciudadana: el DHIAIC." De la Torre y Ramírez, *La ciudadanía* 149-92. Impreso.
- Harvey, David. "The Right to the City." *New Left Review* 53 (2008): n. pág. Web. 6 de junio, 2011.

- Hernández Larrañaga, Javier. *Guadalajara: identidad perdida: transformación en el siglo XX*. Ed. José María Murià. Guadalajara: Ágata, 2001. Impreso.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. "Censo de Población y Vivienda 1995." *INEGI: Instituto Nacional de Estadística y Geografía*. Gobierno Federal, n.d. Web. 10 de nov., 2010. <www.inegi.org.mx>.
- Katz, Friedrich. *The Life and Times of Pancho Villa*. Stanford: Stanford UP, 1998. Impreso.
- Knight, Alan. *The Mexican Revolution*. Vols. 1 y 2. Lincoln: U of Nebraska P, 1986. Impreso.
- Lefebvre, Henri. *La production de l'espace*. Paris: Anthropos, 2000. Impreso.
- Murià, José María, ed. *La academia mexicana de historia en Guadalajara*. Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara; Colegio de Jalisco, 1994. Impreso.
- . "Guadalajara y la rebelión de los cazcanes." Murià, *La academia* 11-21. Impreso.
- Núñez Miranda, Beatriz. "Conformación socio-espacial de Guadalajara entre 1910 y 1990." *El crecimiento de Guadalajara*. Ed. Agueda Jiménez Pelayo, Jaime Olveda, y Beatriz Núñez Miranda. Zapopan: Colegio de Jalisco; H. Ayuntamiento de Guadalajara; CONACYT, 1995. 217-88. Impreso.
- Olveda, Jaime. *La oligarquía de Guadalajara: de las reformas borbónicas a la reforma liberal*. México: CONACULTA, 1991. Impreso.
- Pred, Allan. *The Past Is Not Dead: Facts, Fictions, and Enduring Racial Stereotypes*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2004. Impreso.
- Razo Zaragoza y C., José Luis. *Crónicas de la conquista del nuevo Reyno de Galicia*. Guadalajara: IJAH; INAH; UdG; Colección histórica de obras facsimilares, 1970. Impreso.
- Torres Sánchez, Rafael. *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*. México: Galileo, 2001. Impreso.
- Turner, John. *Barbarous Mexico: an Indictment of a Cruel and Corrupt System*. Chicago: Kerr, 1910. Impreso.
- Santana, José Epigmenio. *Nuño Beltrán de Guzmán y su obra en la Nueva España*. México: Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1930. Impreso.
- Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: Colegio de México, 1950. Impreso.
- Wade, Peter. *Race and Ethnicity in Latin America*. Chicago: Pluto Press, 1997. Impreso.
- Weckmann Muñoz, Luis. "Florecimiento y decadencia del espíritu caballeresco en la Guadalajara del siglo XVI." Murià, *La academia* 117-27. Impreso.
- Wixaritari, Artistas y Artesanos Unidos. *Wixaritari, Artistas y Artesanos Unidos—Proyecto colectivo*. Guadalajara: n.p., 2010. Impreso.

LUCERO

Womack, John. *Zapata and the Mexican Revolution*. New York: Knopf, 1969.
Impreso.